

Universidad: internacionalización

La historia se repite de curiosas maneras. Por ejemplo: las universidades debaten hoy sobre cómo internacionalizarse y qué hacer para aumentar la movilidad transfronteriza de sus estudiantes. Al momento, sólo un 2% de la matrícula mundial de educación superior—unos 2 millones de alumnos—cursa sus estudios en un país distinto del de su nacionalidad de origen. Por el contrario, en su inicio la mayoría de las universidades fueron internacionales por la composición de su alumnado. Cuando la ciudad de Bolonia apenas tenía 10 mil habitantes, su universidad matriculaba estudiantes venidos de toda Europa, desde los confines de la Cristiandad. Lo mismo ocurría con las demás universidades italianas en Padua, Pavía, Perugia, Siena y Salerno. También las primeras universidades alemanas—en Colonia, Erfurt y Tubinga—aunque más jóvenes, atraían un buen número de alumnos extranjeros; especialmente de los países escandinavos, los Países Bajos y de Europa Central. Por lo general, los estudiantes itinerantes—hoy se les llama “móviles”—se agrupaban en “naciones”, asociaciones basadas en una comunidad de idioma, lugar y cultura. Alrededor del año 1400, el gran predicador Jacques de Vitry ofrece un cuadro que, aunque lleno de estereotipos, permite identificar las múltiples “naciones” que conformaban el alumnado de ese “parlamento internacional del pecado” como él llamaba a la Universidad de París y el barrio latino que la rodeaba: “los ingleses son borrachos y cobardes; los franceses orgullosos, suaves y afeminados; los almenas pendencieros y mal hablados; soberbios y vanos los normandos; la gente de la región de Poitou pobres y traidores; brutos los borgoñones; los bretones frívolos y volubles; los de la Lombardía, malévolos; viciosos y violentos los romanos; tiránicos y crueles los sicilianos; ladrones los de Bravante y sensuales e indulgentes los flamencos”. Las “naciones” evolucionaron de distintas maneras en diferentes universidades europeas pero, pronto, se toparon con los límites impuestos por los poderes del rey la ciudad. Estos reclamaron, y obtuvieron, el control sobre la formación intelectual e ideológica de sus súbditos. La marea cambió. Y las universidades comenzaron un gradual proceso de nacionalización y regionalización. Bajo las nuevas políticas se impusieron normas que prohibían a los alumnos estudiar en el extranjero, bajo pena de ser excluidos de cargos públicos. Así, por ejemplo,

cuando Federico II fundó la Universidad de Nápoles, en 1224, ordenó a sus alumnos a permanecer en ella, impidiéndoles itinerar entre diferentes ciudades e instituciones. Foucault diría que empezaba así la historia del disciplinamiento universitario. Se ponía fin a la movilidad y vagancia como experiencia formativa. Otras universidades adoptaron medidas similares de protección de su mercado local. Hacia fines de la Edad Media sólo una minoría de estudiantes peregrinaba a otros países y ciudades para realizar sus estudios. El movimiento transfronterizo quedó restringido exclusivamente a las universidades más prestigiosas, o bien, a aquellas disciplinas que no se ofrecían en la propia región de pertenencia de los alumnos. Igual como hoy, entonces, la mayor o menor internacionalización de los estudios universitarios resultó atañe de la combinación de una serie de factores de oferta y demanda, del variable prestigio de las instituciones, de la fortaleza y debilidad relativas de los países y del cambiante signo de las políticas, más abiertas en un momento, proteccionistas y de control en otro. En suma, la globalización académica es nueva pero su experiencia no es desconocida.

José Joaquín Brunner